

El demonio mudo; Cuatro horas en el Lido (relatos)

The Dumb Demon; Four Hours at the Lido (short stories)

CAMILLO BOITO
(Roma, 1836 - Milán, 1914)

RESUMEN: *Il demonio muto y Quattr'ore al Lido* vieron la luz en *Senso e altre storielle vane* (Milán, Treves, 1883). Traducción al español de Berta González Saavedra.

Palabras clave: Camillo Boito; El demonio mudo; Cuatro horas en el Lido; Relatos; Scapigliatura

Abstract: Il demonio muto y Quattr'ore al Lido were published in Senso e altre storielle vane (Milán, Treves, 1883). Spanish translation by Berta González Saavedra

Keywords: Camillo Boito; The Dumb Demon; Four Hours at the Lido; Short stories; Scapigliatura

Experto en restauración y crítico de arte, Camillo Boito (Roma, 1836 - Milán, 1914) fue durante más de cuatro décadas profesor de arquitectura además de un incansable restaurador del patrimonio arquitectónico italiano (suyos son, entre otros, los proyectos de restauración en Milán de la Porta Ticinese y la Casa di Riposo per Musicisti, o el Altar de Donatello en Padua), participando activamente en la búsqueda del llamado "estilo nacional" que caracterizaría la arquitectura, la pintura y la escultura del recién establecido Reino de Italia. Si bien el volumen de su obra literaria es mucho menor que su obra teórica y crítica, de su faceta de escritor se recuerda especialmente la colección de relatos *Storielle vane* (1876), más tarde ampliada con la adición del relato largo *Senso* (adaptada al cine en 1954 por el director Luchino Visconti) con el título *Senso e altre storielle vane* (1883), a los que habría que añadir *Gite d'un artista* (1884), una especie de relato de viaje entre el arte y la literatura, y su última obra publicada, *Il maestro di setticlavio* (1891). En ellos, aunque el estilo se mantiene alejado de ciertos efectos sangrientos que aparecen con frecuencia en las páginas de los scapigliati, siguen presentes los motivos que nos recuerdan inequívocamente la atmósfera de la Scapigliatura, especialmente el gusto por lo fantástico y lo macabro de origen Hoffmanniano, a lo que cabe añadir un gran interés por las artes figurativas y por la persona misma del artista bohemio que a menudo aparece como protagonista, así como destellos de influencia naturalista.

Camillo Boito, *El demonio mudo*

I. Sobrino mío, hoy mismo he cumplido mis noventa años y he hecho mi testamento. Dejo todo mi dinero, casi un centenar de miles de liras a tu hermana María, que tiene siete hijos y es viuda, con la promesa de que pase tres mil liras al año a mi buena Menica, que está demasiado vieja y cansada para atender las labores. Es verdad que mi buena Menica me enfada todas las santas tardes. No quiere ir a la cama antes que yo por mucho que se lo ruegue y suplique; y mientras escribo a la luz de este candil y despabilo las mechas, ahí está tu tía, en la otra parte de esta mesa, durmiendo con el gato negro sobre las rodillas. Desde hace medio siglo se da la misma vida plácida y dulce y tan rápida que las semanas vuelan como días; y mi querida viejita toda aseadita, con su cofia blanca almidonada, cuando se despierta y, levantando la cabeza, fija de pronto sus ojos en los míos y me llama: "¡Carlo!", me hace bullir en las venas una sangre de jovencillo.

Por tu parte no tienes necesidad de nada. Estás solo, eres pudiente y nada avaro. Pero sabes que, aunque te vea con poca frecuencia en estas montañas, siempre he sentido un gran afecto por ti, y te lo mereces; y me disgustaría que, cuando haya volado de esta tierra, tú no tuvieses ninguna ocasión de acordarte de este antiguo pariente. Desde hace varios días, por tanto, voy dando vueltas por esta casa medio caída para encontrar un objeto que pueda no desagradarte. Pero todo está deslucido, desgastado, descolorido, desconectado: se corresponde, en definitiva, con los cabellos canos y las arrugas de sus dueños. Hace treinta años que ni siquiera he vuelto a Brescia: se puede decir que ya no he comprado nada. Las cosas más hermosas en este polvoriento edificio donde las ventanas muestran aún sus

cristales redondos, ondulados del centro a la periferia, como cuando se tira una piedra en el agua, donde los suelos parecen un mar borrascoso, son las cosas más viejas. Sabes que tengo cuatro cajas de esas de madera tallada que se ponían a los pies de la cama de un matrimonio, llenas de amorcillos que juegan, niños alados y ninfas desnudas; en ellas están los antiguos blasones de nuestra familia. También tengo unos sillones enormes con grandes ramajes en los brazos y en el respaldo que pinchan las manos y la espalda, y ciertas camas con dosel desproporcionadas con columnas y tímpanos que parecen monumentos sepulcrales. También tengo esos ocho grandísimos retratos en sus macizos marcos de un oro que se ha vuelto negro, recuerdo de nuestros augustos antepasados, que Dios los tenga en su gloria: esos retratos que, cuando de niño venías aquí a pasar los meses de vacaciones, a ratos te hacían reír y a ratos te daban miedo.

La dama, ¿te acuerdas?, con el miriñaque verde y con una pirámide roja por peinado que parece una botella sellada; el caballero con el gran sombrero a la española, el tabardo marrón, la mano sobre la empuñadura y la mirada feroz, y luego el Beato Antonio, el santo Misonero, el gran honor de Val Trompia, que te hacía salir corriendo. Está pálido como un fantasma, delgadísimo, con los ojos hundidos y una sonrisa sobre los labios que congela la sangre. En la mano tiene dos cilicios que dan miedo, uno de fusta lleno de terribles puntas, el otro de ruedas dentadas. Me contaba Giovanni (¿sabes?, debo de haberte hablado de él, el sirviente que de joven asistía al Beato Antonio cuando estaba enfermo y que de viejo cuidaba de mí y me llevaba al colegio), Giovanni me contaba, y yo temblaba de pavor, que una mañana, habiendo entrado de improviso en la desnuda habitación del Santo, vio en un rincón un camisón que estaba en pie por sí solo y que era de color granate oscuro. Mira, toca: la sangre, en la que estaba empapado, coagulándose y endureciéndose, había vuelto la tela rígida como la madera.

Don Antonio tenía las manos esqueléticas y los dedos tan dislocados que con las uñas podía tocarse el antebrazo. Era un milagro de la elocuencia, un milagro de la abnegación. Hablaba a doce, a catorce mil personas que acudían a escucharle desde los valles, desde los montes lejanos, y se hacía escuchar por todos. E incluso, si vas a Brescia, puedes ver en la iglesia de san Felipe, colgada del altar del santo, una lengua de plata, exvoto de don Antonio, de cuando se curó de la tartamudez por intercesión de san Felipe Neri. En Roma, poco antes de morir, predicando en la iglesia del Gesù, hizo llorar al papa. Tenía por costumbre, en los sitios donde él iba, hablar contra los vicios que predominaban en el lugar. En Desenzano tronó contra la ebriedad. El día después, todas las tabernas y todas las tascas estaban cerradas y la autoridad tuvo que ordenar abrir algunas por la fuerza para dar servicio a los forasteros. En el último sermón no quería otra cosa que a los miserables: era la prédica sobre la pobreza. Tras haber mostrado la vanidad de las riquezas, tras haber estimulado los ánimos al rechazo de los placeres, llamaba uno a uno a su audiencia y compartía con ellos todas las ganancias de la Cuaresma y la poca ropa que le quedaba.

Oye esta: Giovanni estaba detrás del púlpito, mientras don Antonio predicaba un día sobre el Infierno. Tras una pausa, el Beato Antonio con voz rimbombante grita:

«Arrepentíos, hijos, volved al camino de la virtud, porque para vosotros, oh perversos, que seguís viviendo en el pecados, que os mantenéis en el vicio, los sepulcros», y gritaba cada vez más alto, como inspirado por el cielo «los sepulcros se destaparán y, cayendo sobre los huesos de los antiguos esqueletos, en la noche y en el hielo, poco a poco seréis roídos vivos por los gusanos».

Entonces Giovanni oyó como un rumor, un movimiento repentino, pero sordo, quejidos sofocados, sollozos reprimidos. Mira desde el parapeto del púlpito y ve ¡algo raro! en la iglesia, que antes estaba tan llena de gente que un pellizco de tabaco —decía Giovanni, gran consumidor— no habría podido caer al suelo, vio el suelo desnudo en grandes espacios, vio descubiertas de gente todas las grandes lápidas de las tumbas. Las personas, asustadas por las palabras del misionero, se habían apartado de los sepulcros y, aun de rodillas, llorando y golpeándose el pecho, se apretaban, se aplastaban, se amontonaban en grupos e imploraban en voz baja el perdón de Dios.

Con estos retratos negros y con estos muebles taraceados, tú no sabrías qué hacer. Aquí, sin embargo, están bien, así, petrificados en su sitio. Hace tantos años que las paredes, los muebles y los cuadros se miran y quizá se hablan dócilmente en su lengua, que quitar cualquier cosa parecería una amputación, sería una crueldad. Cuando los hijos de tu hermana, que serán fuertes jovencitos, quieran pasar algunas semanas cazando en los montes, pajareando en los valles o pescando truchas asalmonadas en el lago de Idro o en el Chiese, verán intacta la antigüedad de este edificio. Se calentarán en el fuego de la gran chimenea de mármol amarillo, junto a la que pueden estar sentados doce hombres cómodamente, observarán los techos con vigas perfiladas y pintadas, y caminarán arriba y abajo por la galería en la que, entre los estucos resquebrajados, el viento se regodea. Si oyeras la música que sabe componer el viento en estas gargantas alpinas y en estas murallas ruinosas; son tripudios o espantos; silbidos alegres y trinos y escalas y acordes sonoros y luego el fin del mundo, y siempre continúa el pedal, como dicen los organistas, del sonido siniestro, que las aguas del Chiese producen en su lecho pedregoso y empinado.

II. He encontrado, sobrino mío, lo que tengo que dejarte. Es una cosa que prácticamente me salvó la vida.

Antes de que tú nacieras, los médicos de Brescia y de Milán mi habían despachado. Una maldita enfermedad nerviosa en el ventrículo se había obstinado en quererme enviar al más allá y yo estaba condenado a alimentarme, como único bocado, con trocitos de *cacio* de Lodi¹ que me dejaba en la boca y a los que les sacaba la sustancia poco a poco. Me cogió esta calamidad, la primera y la última de mi vida, cazando en los valles; cuando, tras haber dormido poco y mal durante alguna hora en una cabaña, a las tres de la madrugada me levantaba, caminaba hasta las seis buscando el mejor sitio en el pantano, con el fresquito de diciembre o de enero y una sutil humedad que entraba hasta los huesos, y luego, desde el alba hasta el anochecer, me plantaba inmóvil en el agua y en la niebla a esperar una focha que en muchas ocasiones no quería aparecer. Me olvidaba de comer. Bebía, yo que siempre he sido medio abstemio, grandes tragos de aguardiente. ¡Mira qué bestia es el hombre! Amando las montañas y los barrancos, ¡anda que meterse con tanto esfuerzo y con un final tan triste dentro de los pantanos! Volví a casa, después de algunos días, abatido, acabado. La Menica me daba caldos, pechuga de pollo, ponche de huevo, vino viejo y su sonrisa, que era toda bondad, pero yo no tenía hambre y digería mal. ¡Imagina qué melancolía se me había metido dentro!

No podía salir de la habitación: iba de la cama al catre. Si por casualidad llevaba la vista al espejo, viendo a un tipo tan esmirriado, con las mejillas hundidas, los ojos apagados, que no se parecía nada a un servidor, no sabía vencer la sombra de una sonrisa tristísima que se me

¹ Tipo de queso curado, similar en su forma y textura al parmesano. (*N. de la T.*)

ponía sobre los labios y se convertía a menudo en dos lágrimas lentas. Después de quince días, con el comienzo de la primavera, comía, no obstante, un poco más, decía con gusto alguna palabra, sacaba algún acorde débil con menos esfuerzo de mi querida guitarra, que me acompañaba en el sofá o en la cama. Cuando de pronto, una tarde, siento que pierdo fuerzas. La Menica se asusta. Ella ya llevaba un tiempo sin dormir bajo la colcha, no iba al huerto a respirar una bocanada de aire, no hacía otra cosa que estar a mi lado solícita, siempre atenta a una alegría confiada y serena que no le salía del corazón, sino que ella simulaba virtuosamente para su pobre enfermo. Ella había pensado hasta ese momento en mi cuerpo: en ese momento pensó en mi alma.

Media hora después entró el cura y me preguntó en voz baja si quería confesarme. Los ojos de la Menica me imploraban. La habitación estaba oscura, silenciosa, sepulcral. Me confesé poquito a poco, casi sin aliento; pero no duró mucho porque no creo que en mi vida haya deseado mal a nadie. Toqué la mano de mi buena enfermera, que me lo agradeció con efusividad angelical y me besó la frente.

Me sentía aliviado. El cura seguía de pie a la izquierda de la cama, aguantando, farfullando sus rezos. En los enfermos las impresiones son rápidas como un rayo. Miré fijamente el rostro del cura y, al observarlo, sentí dentro un irrefrenable ataque de risa.

Es necesario que sepas que ese cura, de mediana edad, rubicundo, fornido, tripudo, de buen corazón pero un poco borrachín y comedor insaciable, era el loco más jovial de este mundo. Cantaba ciertas canciocitas que te hacían desternillarte de la risa, hacía ciertos trucos de magia con cubiletes que harían maravillar a un mago, escribía sonetos bufonescos, imitaba sólo con silbidos la prédica del obispo farfullante y sólo con la inflexión de la voz imitaba todas las lenguas, incluido el turco²; hacía sombras chinas con las manos detrás de una tela blanca, formando cisnes, liebres, cerdos, elefantes, gatos y una pantomima de títeres en la que Arlequín estaba enamorado de Rosaura y golpeaba con un bastón a Pantalón; por último, con la cara representaba tormentas, agitando a ratos lenta y a ratos impetuosamente todos los músculos de los carrillos, de la nariz, de la boca, de la frente, incluso de las orejas, hasta el punto que parecía que se veían precisamente los primeros rayos, se oía el estruendo de los primeros truenos y luego, poco a poco, crecía la tormenta y caía con estrépito la lluvia y estallaban los fulgores, hasta que un poco cada vez, con algún giro de viento y de agua, el temporal amainaba y, renacida la calma, volvía a resplandecer la viva luz del día. Si hubieras visto cómo en ese momento se abría el rostro del cura, cómo irradiaba, cómo brillaba; era tal cual el sol.

El alegre cura venía, antes de mi enfermedad, todos los domingos a almorzar con nosotros y, de vez en cuando, tras beber una botella de vino viejo, nos hacía el espectáculo hilarante de su temporal. En ese momento, al ver el hocico redondo, cómicamente solemne, al que ni siquiera el aspecto de la muerte habría podido borrar la marca de la jovialidad, que barboteaba las oraciones entre dientes agitando los labios, batiendo las cejas y encrespando la frente, regresó a mi memoria el temporal y estallé en una fragorosa e interminable carcajada. El cura, que era muy rápido de pensamiento, entendió en un segundo la razón de mi risa y, olvidando su misterio, sin poderse contener, empezó a carcajearse a mandíbula batiente. La Menica y la sirvienta, que estaban presentes, creyeron que habíamos enloquecido; pero, como la risa es contagiosa y el cura parecía un monstruo en sus contorsiones, se echaron a reír

² El turco, para una persona italiana, es el epítome de la lengua incomprensible (*N. de la T*).

también ellas. La solemnidad del santo aceite se había transformado así en una farsa de carnaval.

Entonces yo cogí de mi lado mi guitarra y empecé con los acordes y el cura entonó una canción suya de las más ordinarias; cantaba con loca alegría y yo lo acompañaba con un ardor tan feliz que me parecía que era el dios del contento. Pero la sabia Menica me hizo parar obligatoriamente y echó al cura extravagante que se seguía riendo, mientras bajaba por las escaleras e incluso por la calle, de ese penitente suyo medio muerto, resucitado.

Al día siguiente me desperté con un apetito voraz. Dos días después caminaba por toda la casa; cuatro días más tarde iba al huerto y al pueblo y, pasada una semana, trepaba por los montes y comiendo tanto que me habría comido hasta las conchas de las ostras.

Mi recuperación comenzó con los gestos del cura, pero se completó por la guitarra. Tú no te puedes imaginar cuál fue mi felicidad al poder tocar de nuevo las cuerdas de ese instrumento que amo desde niño y que siempre ha sido un gran consuelo en las travesías de la vida juvenil y en las pequeñas molestias de la vejez. Tú, que me has escuchado tocar, sabes soy un buen guitarrista, ¿no es cierto? Tengo mis ambicioncillas también yo, querido sobrino. Cuando pasab bajo el balcón de Menica, hace setenta años, y tocaba dulcemente un minueto de Monteverdi, la gente se paraba a escucharme con la boca abierta, y el corazón me latía con fuerza al ver a la novia que me lanzaba miradas asesinas desde las contraventanas entreabiertas.

Todavía me sigo divirtiendo buscando en las antiguas melodías los antiguos recuerdos. Voy a la capilla del edificio que está, como sabes, en el rincón de la galería y tiene un altar todo de madera con ángeles rollizos y cucuruchos barrocos que señalan en los lugares más profundos las marcas del pan de oro desaparecido; tiene cristales de figuras de colores aquí y allá rotos y restaurados con trozos de cristal blanco, de tal forma que a un santo le falta la cabeza, a otro un brazo o una pierna; y, sin embargo, la iglesilla tiene algo de severo y de sacro en su media oscuridad. No hay ni un cuadro, las paredes están desnudas; sólo en una parte se ve colgada de un clavo mi guitarra, que es como una reliquia. Descuelgo el instrumento y, subiendo por la escalinata interna, esa escalinata larga y recta que tiene sus doscientos escalones irregulares, voy lentamente al jardín de arriba, desde el que se domina la villa y el valle, y me siento en los cañizos que, como sirven sólo para los gusanos de seda, están todo el año apilados en el pabellón de las fiestas. Este almacén, alegría de ratones y arañas, era un pequeño palacete hace tres siglos. Nuestros antepasados disfrutaban allí de sus orgías, que no envidio: mujeres, bailes, bufones, cenas que no terminaban antes del alba y dejaban a hombres y mujeres tirados por el suelo. Con el vino corría alguna vez la sangre. Las paredes llevan aún, borrados por el tiempo, los nombres y los sobrenombres de algunos de los violentos y vividores caballeros. También está, entre otras, bajo el dibujo tosco de un corazón, la leyenda: «Tras el beso el puñal».

Así, sentado al fresco en los hermosos días de verano, saco de las cuerdas mis viejos recuerdos en estos últimos años, que son los más tranquilos y felices de mi vida. Dejo morir débilmente las armonías bajo la bóveda del salón siguiendo con atentísimo oído la últimas oscilaciones que se disuelven en el estruendo lejano del Chiese. Después, sintiéndome envalentonado, pellizco fuerte todas las cuerdas y comienzo un *allegro* amoroso, una gavota retozona; sin embargo, desgraciadamente, la mano izquierda ha perdido un poco de agilidad y la derecha ha menguado un poco su vigor. Hoy soy mejor en los adagios, en las arietas patéticas; a los viejos les corresponde más la añoranza.

Mi guitarra tiene cinco cuerdas dobles; sube desde el la hasta el mi, dos octavas y media. Es un instrumento admirable por su sonoridad y elegancia. La rosa tallada con pequeñísimos cortes y perforaciones de círculos, de triángulos, de tréboles, parece una obra de filigrana. El mango, taraceado de marfil y ébano con hilos de oro, representa una cacería en figuras del tamaño de una moneda: jinetes, damas, halconeros, con perros, cabritos, liebres, jabalíes y toda clase de animales salvajes. En la parte baja de la caja armónica se puede admirar también una figurita de plata, un Apolo tumbado que toca la cítara; no hay cosa en el mundo que tenga más gracia. Además de esto, puestas en un vago ornamento, hay un centenar de perlas, algunas bastante gordas, y tan bien encastradas que sólo se han roto o perdido siete. En resumen, esta guitarra magnífica, deseo, tras mi muerte, dejarla a mi querido sobrino. Quizá sea una superstición de un tío casi chocho, pero no querría que la guitarra saliera de nuestra familia. Hay detrás de ella una pequeña historia. Te la voy a contar, primero, porque es necesario que la sepas y, luego, por amor propio. No puedo dormir, como les pasa a los viejos, más de dos o tres horas por la noche, y tengo los ojos sanos y no obtengo gran placer en leer libros por culpa de la memoria, que me es muy útil en las cosas lejanas, pero muy poco en las cercanas, de modo que al final de un volumen me arriesgo a no acordarme del principio. Por tanto, es necesario que ponga negro sobre blanco para ocupar la noche de alguna manera, mientras la Menica, con el gato sobre el regazo, dormita en el sillón.

III. Te escribo de día, a la sombra del antiguo pabellón y al aire libre en el jardín, ahora todo obstruido y espinado, que está delante del pabellón protegido por balaustradas rotas y por pilastras sobre las que se plantan los restos de los Hércules, las Dianas y las Venus. La roca descende perpendicularmente por detrás del edificio desde el que, a esta altura, se dominan los tejados vecinos; más abajo, a la izquierda, se ve la plaza del pueblo, y, más abajo aún, el puente y una larga y sinuosa estela de río.

Hace bochorno, no se puede respirar. Ya llevo aquí un rato mirando las montañas y el cielo. Las curvas empinadas y rotas del monte de san Gotardo a la derecha y del otro, que surge frente a él, parece que se tocan por el pie, por lo estrecha que es la hendidura del Chiese. Entre esas dos cimas peladas, de un color rosado sombrío, se ve casi horizontal el dorso celeste de un monte lejanísimo. Las nubes se habían rasgado y en el enorme campo azul desde ese rincón bajo subía y subía una nube grande blanca iluminada por el sol. Al principio parecía una corona de plata colocada sobre la cumbre del monte lejano; luego se expandió, invadió una gran parte del cielo. Tomó la forma de un toro terrible que se acerca con su cabeza cornuda. Los cuernos llegaban hasta la mitad de la bóveda del cielo; una pata se apoyaba sobre uno de los montes, la otra sobre el otro. Luego, en un minuto, el toro cambió de apariencia; la cabeza enorme, tal como era, se alargó, se convirtió en el hocico de un cerdo, los cuernos se acortaron como orejas, las patas se volvieron patitas y la forma, que antes era majestuosa, se volvió grotesca. Luego, la nube grande se deshizo en pequeñas nubecillas cándidas: por aquí y por allá algunos grupos de puntos plateados se reunían como si fueran muchos globitos aerostáticos, y vagaban un poco antes de disolverse en la nada. El aire se ha quedado ahora de una celeste purísimo en el que las dos montañas cercanas se recortan oscuras y el último monte apenas destaca en una imperceptible sombra. Mientras tanto, el Chiese, crecido por las últimas lluvias, muge más iracundo que nunca. Las casas, oscuras, todavía mojadas, tienen extraños brillos, y los árboles están lustrosos. Abajo, pasan por las calles fangosas las cabras, acompañadas por muchachos que llevan sobre la cabeza enormes ramajes frondosos de castaño o de roble bajo los que van curvados y escondidos.

Son plantas que caminan; y cuando dieciocho o veinte de esos chicos bajan así de los caminos de las montañas, unos detrás de otros, parece que un trozo de bosque se mueva, y viene a la mente (no me acuerdo bien, pero algo pavoroso me queda en la memoria) ese rey al que, tras la profecía de ciertas brujas horribles, le atacó un bosque amenazador y vengativo.

Por la parte de san Gotardo sabes que se va a Bagolino bordeando el melancólico lago de Idro, pasando por las murallas almenadas de la Roca de Anfo y caminando un rato por el magnífico camino que deja bien abajo el Caffaro y desde sus parapetos se ven los precipicios vertiginosos donde en la negrura del fondo las aguas del torrente, al saltar de un peñasco a otro, caer en cascadas y romper en las rocas, muestra el brillo de sus espuma. En esos sitios aterradores caen a menudo hombres y caballos y, sin que su caída produzca el más leve sonido, acaban sepultados en la gran fosa del monte. La hermosa travesía está salpicada de ciclámenes y cruces.

Oh, ¡cuántas veces he pasado por ese camino cantando, con mi fusil de chispa sobre el hombre, el frasquito lleno de pólvora, la ventrera amarrada la cintura y bien provista de balas y balines y el morral en bandolera! Llevaba conmigo a Lampo y a Bigio, o a Livia y Toti. No hay giro que yo no recuerde, ni capillita, ni piedra miliar. En Nozza, tras haber tomado un atajo, me encontré en una vereda rasante al Chiese dos víboras; a una la maté con los tacones de mis botas; en Vestone, el pobre Lambo recibió una formidable coza por parte de un borrico y luego se pasó gimiendo toda la jornada. En Anfo había una mesonera jorobada y coja que me daba vino blanco y tencas fritas. Mi punto de referencia era Bagolino, pero luego, como partía al alba y normalmente no volvía por la tarde, me alejaba para cazar rebecos en los barrancos y para estar en los bosques.

La primera vez que subí a la pequeña villa alpina tenía todavía, porque era joven, un aire arrogante y una gran barba negra; un viejecillo se me acercó y, quitándose respetuosamente el sombrero y sonriendo con malicia, me hizo un gesto para que lo siguiera. Tras haberme llevado, sin abrir la boca, unos trescientos pasos arriba y abajo por callejas sucias y estrechas, el viejito se para y levantando el brazo me señala con el índice una lápida antigua clavada en la ruinosa pared de una casa. Leo a duras penas estos hermosos versos:

Hoy no es el momento
ni la estación
de estar en este lugar
quien no atiende a razón.

Antes de que tuviera ganas de tener una agarrada con el sardónico viejecito y de preguntarle la causa de su amenaza, ya se había escabullido. Lo busqué por los alrededores pero no lo encontré.

Almorcé en la taberna de Pavone y luego, como era domingo y no había ido a misa, trepé por la interminable escalinata de la iglesia y entré a rezar. El sol mandaba sus rayos casi horizontalmente desde las ventanas de la fachada hasta el altar mayor, lanzando la luz ardiente del atardecer y haciendo brillar el estuche dorado del ciborio. La iglesia estaba desierta. Solo se oía un ligero golpecito a intervalos regulares a veces por aquí a veces por allí. Una vieja, tan curvada que su bulto alcanzaba apenas la altura de los bancos, pasaba con bastante soltura de un altar a otro, poniendo delante en cada paso su bastoncito sobre el que apoyaba el peso de su cuerpo achacoso. Cuando iba a salir, estaba al lado de la pila del agua santa. Le di unas monedas: me dio las gracias temblando.

El sol descendía en ese momento por detrás de las montañas. Como no sabía cómo pasar el tiempo, me senté en el parapeto del pórtico y me puse a mirar las cuevas verdes; pero al bajar la vista, en un cuadradillo de mármol blanco, encajado entre las lastras oscuras del suelo, me pareció ver el nombre de nuestra familia. Sentí que la curiosidad me pinchaba y miré bien. Pude leer, además del apellido, don Antonio, el año MDCCLXX; pero el resto, entre que estaba gastado por el pisa de los pies y que estaba en latín, no me entraba en la cabeza. Llevaba devanándome los sesos diez minutos cuando oigo detrás de mí una voz estridente que farfullaba y que rugía como si estuviera repitiendo una lección aprendida de memoria.

«En la anteiglesia de esta iglesia don Antonio, maestro de virtud, hizo arder en benéfica pira los instrumentos del pecado y extrajo al Demonio mudo del corazón de los penitentes».

No entendí nada, ni siquiera de la traducción y, tras vencer la repulsión que la vieja me daba, le pregunté si ella podía explicarme el misterio del epígrafe.

Me cogió del brazo con su mano ganchuda que parecía una garra y me arrastró por la plazoleta, al medio, entre el pórtico de la iglesia y la escalinata de la roca que baja al pueblo; luego, siempre agarrada de mi brazo, hizo el signo con la punta de su bastón de un gran círculo alrededor de nosotros y dijo:

«Aquí, justo aquí. Era un gran fuego. Parecía un incendio. Los chicos habían traído las fajinas secas; los hombres habían colocado la leña en un inmenso montón; las mujeres, con las manos juntas, de rodillas, rezaban. Luego una se levanta y, quitándose los pendientes de las orejas, los lanza a las llamas, y detrás de ésta, todas, una a una, o un collar, o una pulsera, o un broche, o lo que tenían de valioso y de bonito lo lanzan al fuego. La letanías se alzan al cielo: el chisporroteo y el gemido de la hoguera se asemejaban a un infierno. Se adelantaban los hombres, como poseídos. Es de noche y las llamas, tiñendo la iglesia y las casas de un rojo sangre, dan a los devotos el aspecto de demonios. Entonces vuelan sobre el fuego mandolinas, flautas, tambores, tiorbas. Dos levantan una espina y la lanzan a las brasas. ¡Muchas guitarras! Una, entre el resto, de marfil, de ébano, de oro, ¡de perlas! ¡Qué hermosura!...»

Sentí que me agarraba el brazo con más fuerza. La vieja había parado, le temblaba todo el cuerpo, y por las mejillas arrugadas y sucias caía una lágrima. Se golpeaba el pecho con el puño del bastón. Tardó un poco en recomponerse y luego levantó la mirada por encima de mí tan turbada que tuve miedo. Efectivamente, estaba loca. Siguió sola dando diez pasos hacia atrás y dando con el bastón en el suelo tres veces:

«Aquí estaba el Santo, inmóvil, majestuoso. Miraba hacia arriba. De vez en cuando hacía un esto con la mano, y entonces los que estaban cerca gritaban: Silencio. Y todos callaban, y se oía acompañada por el ruido de la leña ardiente, la voz de él que gritaba: ‘Destruid, hermanos, acabad con los instrumentos del vicio. Esos infames objetos son del diablo. Regaládmelos a mí, que lo se los doy a Dios. No más bailes, ni más música, no más joyas. Fuera todas las incitaciones a la corrupción, las tentaciones al pecado. Vivid pensando solo en la muerte y en el cielo.’ Y de cuando en cuando se oía la misma voz, que dominaba el turbulento estruendo del pueblo, que repetía: ‘Destruid, hermanos, acabad con los instrumentos del vicio’».

Me pareció que los pocos pelos blancos de la vieja se le erizaban en la cabeza. Tras una pausa retomó:

«Yo era joven entonces, hermosa, sana, rica, impía. Me calentaba las manos en el montón y me reía».

Puedes imaginarte, sobrino mío, que estas palabras de la bruja habían estimulado mis ganas de saberlo todo y que yo la acosaba a preguntas. Pero ella ya no respondía a nada. Parecía que estuviese fantaseando con algo más allá del mundo terrenal. Al final, molesta por mi insistencia, me preguntó con ira:

«¿Quién es usted que me interroga? ¿Qué le importan a usted estas historias de hace medio siglo? ¿No puede dejarme tranquila con mis recuerdos y mis remordimientos?»

Traté de calmarla y para excusar la inadecuación le dije mi apellido y le dije que yo era sobrino nieto del Beato Antonio.

—¡Sobrino! —gritó, abriendo los ojos chispeantes.

—Hijo del hijo de un hermano suyo.

—Hijo del hijo de un hermano suyo —murmuraba la vieja entre las encías, como si estuviese estudiando el grado de parentesco.

Me miró la cara con precisa atención e invadida por una alegría creciente:

—Es él —exclamó—. Él mismo. La nariz aguileña, la frente amplia, los labios finos, las cejas pobladas, los ojos negros. Es él, él, justo él!

Mientras me sobreponía a este examen, la vieja decrepita se acercaba a mi cara, cerca, cerca, porque el crepúsculo empezaba a oscurecer. Sentía el agrio aliento de ese cadáver esquelético.

—La misma mirada —seguía—, ¡y la misma voz! Es él, justo él

Y, al mismo tiempo, se hacía la señal de la cruz y me besaba borde de la cazadora.

—Habría dado —retomó— toda la poca vida que me queda para encontrar a un descendiente del Santo. Ahora puedo morir en paz. Devolveré al sobrino lo que robé al tío. Venga conmigo a mi cabaña, allí sobre la montaña. No hay tiempo que perder. Podría morirme de un momento a otro.

Y se puso en marcha.

Ya empezaba a estar oscuro. El cielo, que se había vuelto a cubrir de nubes, se ponía negro. Bajamos por detrás de la iglesia un centenar de pasos; luego, entrando en una calleja, comenzamos a subir. La vieja jadeaba. El camino estaba formado por piedras puntiagudas y sueltas, con charcos a cada paso y algún riachuelo. Yo tropezaba con las ramas secas. Algunos troncos de árboles secos obstruían el paso. Oía el roce en los arbustos: vi la cola de una larga serpiente negra que se deslizaba en un agujero. La vieja andaba a pequeños saltos, golpeando siempre con su bastón y girándose hacia atrás para mirarme. En un giro se paró y se sentó en el suelo. Parecía una pelota.

—De hecho yo era joven —dijo— y guapa. Me había casado con Angelo el Moro, el sicario. El viajaba a causa de sus negocios y, cuando volvía, después o cuatro meses, me traía tanto oro que a mí me costaba trabajo gastarlo todo en ropa, en bailes, en orgías. Angelo me regalaba joyas sustraídas a las damas. Una vez me trajo una guitarra, una maravilla, robada a una duquesa de Milán. Yo, que me entretenía tocando ese instrumento, era feliz; pero mi amante, al que quería más que a la guitarra, me la pidió y yo se la di. El infame me traicionó poco después.

Del fardo aplastado en el suelo seguía saliendo una voz ronca:

—Yo era una mujer alta, esbelta; tenía los ojos marrones y el cabello rubio. Bailaba del anochecer al alba, nadaba en el lago de Idro, hacía el amor. Una tarde, al oír que el Beato Antonio, del que hablaban los valles y los montes, pero al que yo no había visto aún, ordenaba quemar los instrumentos de música y los adornos de las mujeres, quise disfrutar del espectáculo. Algunos de mis cortejadores se habían convertido a la fe del Santo, otros no se

atreveron a acompañarme, solo uno vino conmigo, disfrazado par que no lo conocieran. Esa tarde yo sentía que tenía dentro al diablo: estaba borracha de pecado. Al cabo de un rato vi a mi amante traidor junto a mí, que estaba a punto de tirar al fuego mi guitarra. Sentí que me hervía la sangre. En el alboroto y en la confusión, en cuanto la guitarra estuvo en la hoguera, yo, a riesgo de quemarme la ropa, me lancé a las llamas y la saqué intacta. Algunos días más tarde, Angelo fue colgado en Brescia. Enfermé: me quedé pobre y sola.

La víbora se levantó y siguió caminando. Era noche cerrada: no veía dónde metía los pies; resbalaba; tres o cuatro veces estuve a punto de caer. El nombre del Moro me hizo recordar los horrores de la infancia, cuando mi viejo sirviente Giovanni me contaba las aventuras del famoso asesino, que, para poner a prueba la curiosidad de su novia, le había dejado en prenda una panera llena de hojas frescas, prohibiéndole que mirara dentro; tras una hora vuelve y encuentra a la chica desmayada, porque había encontrado en la panera una cabeza de un hombre cortada.

La vieja seguía interrumpidamente, parándose cada veinte pasos: «Nació de mi corazón poco a poco algo nuevo: el remordimiento. Entré alguna vez en la iglesia, escuché alguna misa. Pasado un año, volvió a Bagolino el Beato Antonio. Me preparé para el primer sermón junto al púlpito y vi al Santo pálido, escuálido, que subía con dificultad los escalones. Anunció con voz débil el argumento de la prédica: el Demonio mudo. Su palabra era lenta, como con esfuerzo, pero tan simple, tan clara, que nacía en los oyentes un cierto milagro de no haber pensado nunca por sí mismos en discursos tan naturales. ‘En nuestro ánimo’ decía él ‘nosotros escondemos casi siempre, a menudo si quererlo, algunas veces sin saberlo, el recuerdo o el deseo de un pecado. Como no se lo confesamos al cura, tampoco nos lo confesamos a nosotros mismos. Y sin embargo, en ese momento, esa pequeña úlcera venenosa lentamente se hace más grande, se extiende y gangrena poco a poco el alma entera. Nos creíamos justos, nos vemos inicuos’.

»Y el Santo llegaba a los ejemplos: la mujer que, a causa del grato recuerdo de un apretón de manos, cae en la infidelidad; el negociante que, a causa de la primera mentira sobre el precio de una mercancía, se rebaja en el hundimiento falaz; el sirviente que roba primero una moneda de la compra y luego, viendo que el ama no se da cuenta, roba diez, veinte y acaba robando en la bolsa y en el escriño; el joven que, a causa del primer exceso, se precipita en la embriaguez: y así casi para cada uno de los oyentes había una palabra que lo removía.

»‘En la más remota y angosta alcoba del corazón se aloja el Demonio mudo. Él está ahí acurrucado, recogido, silencioso; pero luego, cuando le parece que el hombre está más distraído o más alicaído, extiende sus miembros, se coloca, se adueña de una estancia, de otra, y consigue ocupar toda la casa de nuestra consciencia. Nuestra consciencia se convierte, entonces, en un infierno. Todo radica, por tanto, en el mirarnos por dentro y en el encontrar a nuestro enemigo mortal, cuando él es todavía casi imperceptible: todo radica en el echar enseguida al pequeño Demonio mudo’.

»Pero el Santo cambiaba la voz. De lo dulce e insinuante que era al principio, se volvía dura, violenta, terrible. Hablaba del Demonio mudo de las consciencias ya infames: de las mujeres impías, de los hombres perversos que ocultan un pecado oprobioso. Terminó tronando hasta el punto de que la iglesia retumbaba: ‘Hurtos, asesinatos, engaño, sacrilegios, suciedad de todo tipo, salid fuera del pecho de los que me escucháis, entrad en mis orejas, y que suba vuestro remordimiento y vuestro arrepentimiento hasta Dios. ¡Dios es misericordioso!

»El pueblo se tiraba por el suelo y, llorando, gritaba: ‘¡Piedad, piedad!’».

La vieja, ya cansada, estaba sentada en el medio del camino y la oscuridad era ya tan espesa que yo casi no distinguía el cuerpecillo oscuro. Parecía que la voz salía de debajo de la tierra. Empecé a sentir escalofríos en el cuerpo, pues soplaba un viento fresco que hacía susurrar las hojas y producía silbidos y como ululatos lamentosos y extraños. Ni siquiera había una luz cerca; ni siquiera una estrella. El sonido estridente de las palabras de la vieja volvía a comenzar:

—Salí de la iglesia, convertida y asustada. Volví a casa corriendo. Me dio una fiebre que durante diez días me tuvo la cabeza en horribles delirios. No estaba curada cuando una mañana salí del sitio donde habitaba, que estaba a una hora de distancia, y, llevando la guitarra que había robado en la hoguera del Santo, fui a Bagolino a confesarme. El Beato Antonio se había ido ya a Gardone, bastante enfermo él también, casi moribundo. Tomé una carreta y, siempre con mi instrumento maldito, partí. Al día siguiente estaba en Val Trompia, en Gardone. Corrí velozmente a la iglesia y la vi toda engalanada de negro, toda llena de cirios ardientes. Absolutamente todo el pueblo sollozaba y rezaba: los sacerdotes cantaban a muerto. En el medio, sobre un inmenso catafalco, sentado en un trono majestuoso, vestido con los hábitos sagrados, con el cáliz en la mano, estaba el Santo, más lívido que nunca. Estaba inmóvil. Tenía los ojos abiertos y fijos. Parecía que estuviera mirando. El cadáver, efectivamente, me maldecía.

La vieja volvió a caminar bastante lenta. Yo le iba detrás sin ver ya nada.

—¿Estamos lejos? —le pregunté.

No respondió. Seguimos subiendo la montaña. La vieja se había vuelto taciturna, pero yo escuchaba todavía el golpe de su bastón sobre las piedras. Por fin llegamos a una cabaña. La vieja empujó el portón y entró. Buscó algo y luego, golpeando el eslabón, hizo surgir del pedernal una chispa; encendió la yesca y una luz que iluminaba bastante mal la pobre habitación. Un poco de paja en un rincón, una banca, un cuenco; el techo cubierto de telarañas; el suelo de barro resbaladizo; las paredes de piedras todas sueltas y a punto de caer.

La bruja, tirándose al suelo, levantó las hojas mohosas de su yacija y empezó a rascar el terreno con las uñas. Tras un cuarto de hora me hizo un gesto para que me acercara y vi la tapa de una caja; ayudé a la vieja a levantarla y apareció la famosa guitarra con sus cuerdas rotas. A la luz de la vela humeante las perlas parecían chispas desvaídas y la plata del pequeño Apolo apenas brillaba. La vieja me ofreció el instrumento con una sonrisa que le contorsionaba la boca y dijo para sí:

—Moriré más tranquila.

Me despedí de la pobre mujer y salí de la cabaña donde el hedor empezaba a darme náuseas. Solo, en las tinieblas más negras, con la guitarra bajo el brazo y sin recordar el recorrido, puedes preguntarte, sobrino mío, si estaba contento. Me guiaron las puntas de las grandes piedras del camino martirizándome los pies. Como Dios lo quiso, a media noche llamé a la puerta de un albergue donde todos dormían y, una vez en la cama, soñé toda la noche con lémures, fantasmas, diablos, hechiceras y brujas.

Después de seis meses volví a Bagolino llevado por mis cacerías y quise ir a saludar a la vieja. Encontré la cabaña con gran esfuerzo. Estaba desierta. Pedí noticias de ella a los agricultores de la montaña y al sacristán de la iglesia. Había desaparecido desde hacía tiempo, como una bruja. Nadie supo nada nunca más.

IV. Hoy ha habido una magnífica fiesta, de esas que dejan el corazón más sereno y más alto. Empezó ayer por la tarde con fuegos en la montaña. Si hubieses visto qué bonito era esas hogueras espontáneas, esa alternancia allí y aquí, de las llamas de la alegría, a una distancia de más de una milla, de una parte a la otra del valle; y ¡cómo parecía que las cimas de los montes se respondiesen en el alegre lenguaje del fuego! Las campanas sonaban entonces sin parar, bien con rápidos repiques, bien con una cierta ingenua pretensión de imitar alguna arieta popular, y no era culpa del campanero si tres notas de cada siete debían quedarse en el badajo.

Sobre las ocho, cuando ya estaba bien oscuro, fui con mi Menica al medio del puente para disfrutar una media horita de este espectáculo; el Chiese, reflejando los fuegos de las alturas, parecía que también estuviera disfrutando.

Esta mañana, después, al alba ha habido una explosión de alegría. Petardos desde todos lados, como cañonazos de una fingida batalla; la banda de música de Saló, que soplabla y percutía a buen paso; el pueblo, que llenaba las plazas y las plazas, hilarante, ruidoso, vestido de fiesta, con pañuelos al cuello y pañoletas de un rojo escarlata.

Me ha entrado el antojo de acercarme al nuevo cura, que hacía su entrada triunfal. En cuanto me ha visto ha bajado de la carroza donde estaba con el alcalde. Ha querido que lo cogiera obligatoriamente del brazo y así, a pie, hemos ido juntos hasta la plazoleta de la iglesia, entre dos alas densas de gente que saludaba respetuosamente. El cura respondía a los saludos con rápida afabilidad. Tiene una espesa cabellera toda plateada que le rodea la cabeza como una aureola; los ojos azul brillante, de una suavidad de muchacha; los dientes blanquísimos y perfectos. Tiene un aspecto limpio, como cuidado. Habla con dulzura simple, profunda, afectuosa, que fascina. Es, dicen, el cura más virtuoso de la diócesis de Brescia: da todo a los pobres, come polenta, *cacio*, solo leche; pero esconde su caridad y su pobreza voluntaria bajo un aspecto de persona estudiosa y educada. Me ha dicho:

—Sé que usted, señor Carlo, es el hombre más viejo y más sabio de estos montes. Permítame que venga a departir a menudo con usted y me llame amigo suyo.

El maestro de la escuela se ha adelantado para leer, tartamudeando, su poesía; una niña de preescolar ha recitado rapidilla su discursito; los curas de la parroquia han ofrecido al nuevo pastor, con una larga oración en latín, las llaves de la iglesia, traídas sobre un cojín de seda blanca con listas y flecos de oro. Y ha empezado la procesión: estandartes rojos con la Virgen pintada en medio, banderolas, cruces, cirios, baldaquinos; muchachas enguinaldadas de flores y todas vestidas de blando, que llevaban en la mano con gran compunción una un corderito de papel, otra un Niño Jesús en pañales, otra una Virgen coronada; muchachos con mitras o con turbantes y, detrás, una cola interminable de mujeres y de hombres que, vista desde un poco de altura, asemejaba toda compacta y parecía que, al ser tan larga, se moviera con flexibilidad según se hundía, giraba o se elevaba el camino.

Al estar junto a la iglesia y apartados, como hemos hecho mi buena Menica y yo, que somos demasiado viejos para meternos en la multitud, se sentía el órgano que tocaba una alegre marcha con todos los pedales y campanillas y tambores y platos, luego las campanas sonaban sobre nuestras cabezas, luego estallaban los petardos de tal manera, que era un estruendo como para quedarnos sordos; pero, cuando por casualidad, en ciertos momentos todos estos ruidos cesaban, se oía de lejos la salmodia baja de los sacerdotes de la procesión y la armonía vaga, larga, angelical de la respuesta de las mujeres.

La vejez es horrenda. No hay lágrimas en los ojos, no hay sollozos en el pecho. La desesperación no se expande en la piedad de los demás, no se saca con las palabras, con los gestos, con los gritos. El tormento es solitario. Se mira al propio dolor con tranquilidad, con las pestañas secas. Es una calma torva; es una frialdad pavorosa. Parece que salimos de nosotros mismo y que nos movemos en la nada. No se piensa, no se siente: se vive en una tumba.

La Menica ha muerto.

Hace diez días, el miércoles por la noche, se sentía un poco cansada y se durmió, como siempre, en su sillón. Yo leía. De pronto el minino salta al suelo y maúlla como asustado. No le presto atención. A las diez me levanto y murmuro en el oído de la Menica:

—Buena mía, es la hora de ir a la cama.

No responde, le pongo, como si jugara, las dos manos sobre la frente. La siento como el hielo. Había muerto.

Qué suerte la suya que ha muerto como había vivido, en su santa placidez.

La casa está desierta, las montañas están blancas de nieve y está helando. En el almuerzo, así tan solo, ya no como. Por la noche no hay nadie que me diga con afecto «buenas noches» y, por las mañanas, me visto en la alcoba vacía, entristecido por el silencio fatal. La chica que me sirve desde hace pocos meses me mira de forma indiferente, aburrida. Piensa, quizá, que los viejos están mejor en el ataúd. Tiene razón.

Solo tengo un consuelo, el cura. Es un hombre santo. Hablamos de religión y mi vieja fe se reaviva. Ayer me decía: «Señor Carlo, prepárese para la felicidad del Paraíso. Despéguese de las cosas de este mundo. Piense en Dios».

No tengo remordimientos; sin embargo, una cierta presión en el corazón me dice que quizá haya una mancha en mi vida. Cuando estoy sentado junto al fuego en la gran chimenea de la sala y veo en la pared de enfrente el retrato del Beato Antonio, pálido, severo, amenazador, me parece que abre los labios y levanta la mano para echarme en cara algo. ¿Qué? Nunca he hecho mal a nadie queriendo. He querido a mis padres, a mis parientes, a mi Menica. He seguido la doctrina y los ritos de la Iglesia. No obstante, los ojos pintados del retrato de don Antonio, que están vivos, me escrutan dentro de las vísceras, me sacan un no sé qué del alma. Es una excavación en la conciencia. Quizá sea mi Demonio mudo. ¿Quién sabe? Quizá sea ese objeto de profano placer con el que yo disfrutaba ¡y que puede haberme apartado a menudo de la contemplación de Dios! Sí, ese maldito instrumento, robado por un sicario y destinado a la hoguera, luego de nuevo robado por una mujer inicua. Sí, para esa mirada que brilla fuera de la tela debe haber una profunda razón. Don Antonio, tengo que preguntarte.

Pregunté al cura. Perdóname, sobrino mío: ya me he ocupado de ti en el codicilo del testamento, pero retiro el regalo que te había hecho. El buen cura me aconseja que destruya mi vieja alegría mundana que hoy es causa de remordimientos y miedos.

Ayer por la noche nevaba, hacía viento, se oían algunas voces lúgubres en todas las ventanas y en todas las puertas. Llevaba una semana sin dormir. Fui a la capilla a descolgar la guitarra y la llevé a la sala. A la luz del fuego la perlitas y el oro brillaban, la figurita de Apolo sonreía. El demonio me tentó a que tocara las cuerdas. Un sonido ronco y terrible salió de instrumento descordado. Entonces hice añadir mucha leña al fuego y cuando la llama tocó la capa más alta de la chimenea, con un supremo esfuerzo, tiré al guitarra a la hoguera y la seguí atentamente con la mirada. Las cuerdas se contorsionaron como serpientes produciendo

un silbido de dolor; la madera sutil de la caja armónica se puso negra, estalló por todas partes y, sin arder, se redujo a carbón; las perlas desaparecieron, el mango tardó un rato en quemarse y las figuritas de la caza, despegándose una a una, cayeron en las brasas. Llamé a la sirvienta para que pusiera más leña en el fuego.

Todo se consumió. Al salir de la sala, pasando delante del retrato del don Antonio, mientras las últimas brasas ardientes lo irradiaban con una luz oscilante y sanguinolenta, me pareció que la mirada del Santo me seguía aún tenaz, torva, implacable. Me helé entero y me desmayé.

Mando mi despedida a ti, a tu hermana y a sus hijos, y me lamento de que estéis tan lejos para que ya no os pueda volver a ver más.

Me he levantado y te escribo en la mesita: pero siento dentro de mí una especie de presentimiento feliz. He llamado para esta tarde a mi buen cura. Me confesará y me dará el santo aceite.

Camilo Boito, *Cuatro horas en el Lido*

Esbozo de realidad

El agua estaba templada, el mar, un espejo. Nadando a ratos rápido a ratos lento, me había alejado bastante de la orilla logrando que una barca de salvamento me siguiese y los barqueros me gritaran que los avisos prohíben separarse demasiado de la zona de baño. Hombre prevenido vale por dos. Viendo que no hacía caso a la ley, los barqueros se dieron la vuelta y me dejaron solo. En el agua profunda sentía de cuando en cuando una corriente fresca y me recorría la piel un ligero escalofrío; luego volvía a la temperatura tibia, tranquila y feliz. Esa libertad de los miembros en medio de esa inmensidad del mar es un alivio inenarrable, una alegría sublime. Ni una ola, ni una voz. El edificio de los baños se había vuelto pequeñito. Me parecía que estaba entrando en el infinito. Metía dentro la cabeza con los ojos abiertos para ver el verde diáfano, de una gradación tan delicada, tan agradable, que habría querido hundirme dentro, seguro de que encontraría en el fondo el color esmeralda de una sirena rubia. Bebí agua salada. Volvía fuera con la cabeza cuando me faltaba todo el aire en el pecho y aspiraba con furia y bufaba, y en cada bocanada de aire había alguna gota de sal. Pero el instante en el que se sale del encanto del remolino es terrible. No se ve nada más: parece que uno entra, asfixiado, en las tinieblas de la muerte. El cabello se pega a los ojos, el agua que gotea de la fuente impide que los párpados se abran. Se respira con ansia, pero uno está ciego, con una ceguera pavorosa que dura menos de un pequeño segundo.

Cuando estaba un poco cansado, me hacía el muerto. Me acurrucaba sobre el mar como sobre la más suave de las almohadas, inmóvil, con los brazos abiertos y las piernas juntas. El mar me mecía plácidamente, cantándome una nana. En el horizonte no veía delante de mí nada más que las puntas de mis pies; pero de frente a mi cara se abría la grandeza de los cielos. Miraba a las nubes a la cara. Como sucede a menudo en los vagones de los trenes que uno cree que va en dirección opuesta a la que corre el tren y salta y mira aterrorizado, así me pareció, por un instante, que estaba de pie y que veía el abismo azul por encima y por debajo. Me parecía que estaba apoyado en una pared vertical interminable en el medio de una inmensidad vertiginosa de colores extraños. El esplendor del atardecer tomaba la forma de un fuego difuso, de oro licuefacto, de vapor celeste misteriosísimo, con oscuras manchas amenazantes y extraños esplendores de plata. La atmósfera del sol vista en el sol no puede ser distinta. Pero una olita que me pasaba por la frente me trajo a la realidad; entonces disfrutaba de nuevo de la dulzura de ese lecho suave y fresco. Y de golpe me di la vuelta y con los remos de los brazos y de las piernas, yendo rápido pero con perfecta simetría y sin cansarme, vogueé un rato, luego batí las manos y los pies en el agua, levantando una espuma cándida de perlititas que enseguida se disolvía en el amplio verde.

El verde del mar es de una variedad que las mezclas de los más refinados colores y las más sutiles capas de pintura no pueden imitar ni de lejos.

No hablo de las playas ni de los diversos males; el mismo mar, la misma playa en la misma estación no tiene nunca la misma tintura un día u otro. A cada movimiento del agua corresponde una gradación diferente de verde, de azul, de tintes neutros, y los movimientos del agua son innumerables, de la impasible calma a los furores ciegos de la tempestad. Incluso sin llegar hasta el pavor de los golpes de mar, el nadador lo sabe. Conoce las olitas pequeñas que, como el paso rápido y breve como si fueran una cofia, se siguen unas a otras

sin ruido: son verdosas con una pizca de amarillo. Conoce la olitas grandes, lentas, incluso simpáticas y ligeramente azuladas, indicio de un temporal lejano. Y luego las olas majestuosas, casi diría que de estilo clásico, en las que el nadador se deja llevar hacia abajo y hacia la cresta con la cara y el cabello secos; con esas basta con juntar la manos y con que la persona se curve en forma de sirena, mientras la ola se vuelve a elevar; desde arriba se ven las crestas regulares, alineadas, del resto de olas que parecen los surcos de un inmenso campo y, abajo, cree uno que se ha caído en el fondo de un foso, de tanto que se parecen los golpes de mar que cierran la vista a riberas herbosas y empinadas. En el mar el tiempo se alarga. La alegría o la tristeza, la valentía o el miedo paralizan el tiempo; entonces se piensa en un minuto más y mejor de lo que se pensaría en tierra en toda una hora. Otros días hay olas chismosas que bromean alrededor maleducadas, salpican, charlando, su saliva a la cara, no dejan respirar, tiran de aquí, empujan para allá, gritan al oído con un estruendo ensordecedor e impertinente, como las mujeres de *Le baruffe chiggiotte*³. Pero que Dios os salve de las olas locas, salidas de la locura del remolino, cubiertas de su densa baba blanca, en las cuales, enseguida, os sentís sumergido, volteado, arrollado y cuando por fin sacáis la cabeza, otra ola os golpea la cara y os quita la respiración; luego, ya receloso, miráis alrededor con mil ojos y os preparáis para recibir con dignidad sobre el pecho otro golpe amenazante que veis cómo cae sobre vos y que casi os entierra, aunque he aquí que luego se aplanan y se queda en nada. Los asaltos os vienen traicioneramente de los flancos y desde la espalda, sin orden, sin sentido; os cansáis, os debilitáis, comenzáis a desesperaros; casi decís adiós a la tierra, y tocáis, tras esfuerzos sobrehumanos, la orilla, saliendo de esa agua centrifugada por todos los vientos, negra, orlada con algunos flecos y borlas de plata sucia que le dan el aspecto de un inmenso paño fúnebre.

Sin embargo, en el mar tranquilo o en el mar agitado el hombre se siente lleno de vigor. Su buena vanidad le hace creer que domina la naturaleza o que es tan grande que Dios, para aplastarlo, debe desencadenar contra él todas las furias de los abismos. Se desvanecen los aburrimientos mortales, el corazón se vuelve a templar y se provee de ánimo y de fuerza. Una hora en el mar es una hora bien empleada: en esa salinidad hay un poco de hierro para el alma.

Saliendo del agua nos volvemos griegos.

Después de haber subido la largas escaleras de madera donde sobre los escalones resbaladizos se arriesga uno a resbalar y las algas hacen a veces pequeños cortes en los pies, se entra en el vestuario propio y se envuelve uno el cuerpo desnudo en una amplia toalla, luego sale uno así drapado a la barandilla que mira al mar. Algunos bañistas están todavía en el agua cerca de la orilla agarrándose —¡qué desgraciados!— a una cuerda y plantados en la arena donde pasean los cangrejos. La inmovilidad los entristece, los arruga: parecen ranas humanas. ¡Y lo difícil que es que el cuerpo de un hombre parezca hermoso! En la mujer la belleza del cuerpo es menos rara: basta con que haya armonía en las partes, una cierta redondez agradable, una cierta blancura transparente y rosácea y quizá el deseo nos lo hace menos complicados. Pero en el hombre el vigor sano debe acompañar a una delgadez blanda; los miembros sueltos, justos, ni demasiado secos ni demasiado hinchados de carne; una expresión general de valentía elegante. Los antiguos querían la gracia incluso en los campos de batalla. En Tesalia la inscripción de una estatua rezaba: «A Elatión, que bailó bien la

³ Comedia de Carlo Goldoni (1707 – 1793) que podemos traducir como *Las riñas de Chioggia*. Se trata de una comedia coral ambientada en un pueblo costero en la que se ponen en escena distintas discusiones amorosas entre los pescadores y las mujeres de su entorno. (N. de la T.)

batalla, esta estatua el pueblo». La desproporción, tolerada por nosotros, los hombres modernos, con indiferencia, era insoportable para los antiguos. Un día a un mimo fornido y gordo el público lo echó riéndose: «No hundas el palco»; otro día a un mimo pálido y esmirriado le mandó irónicamente este saludo: «Haz por estar sano». Otra vez a uno de estatura demasiado alta, figurante de Capaneo⁴, que se arroja a las murallas de Tebas, le gritaron irritados: «Pero salta el muro, no te hace falta la escala».

En la barandilla hacia el mar posan, pues, diez o doce hombres cubiertos de blanco. Se habían puesto en la cabeza la toalla en forma de *palliolum* y se envuelven el cuerpo con la toalla a modo de *pallium*, adaptándose de mil maneras diversas a esa natural afectación de la que un hombre cubierto por un gran manto no se sabe librar casi nunca. Los griegos tenían veinte modos de colocarse el palio: con una fibula al hombro, sin pliegue, doble, con las manos escondidas, con un brazo fuera de la apertura de la derecha, con un borde largo sobre el hombro, ajustado en las ancas con plieguecitos gastados, ondeante en amplios vuelos o libre en las caderas en grandes planos y en generosas curvas. Cada manera tenía su propio nombre que correspondía a los petimetres, a los filósofos, a los viajeros, a cada tipo de persona. Tácito se quejaba entonces de las vestiduras pobres de los oradores romanos y de que las llevaran mal. ¡Imagínate tú la imagen que damos nosotros, salidos del agua, envueltos en esos palios mojados y pegajosos!

El aire salado y el ejercicio de la natación dan al cuerpo una gran hambre. Fui a la terraza de los Baños y ordené la comida. El edificio, que se extiende en una larguísima línea recta, es todo de madera y está plantado sobre altos palafitos que dejan espacio al desfogue de los golpes de mar cuando hay mar gruesa, mientras que, cuando está tranquilo, rompen a sus pies las olas plácidas que también provocan un ruido a intervalos mesurado y grave como golpes sordos de un maestro de capilla.

El coro, la armonía de esa hora no se puede describir. Todo se funde en un acorde pleno y feliz, profundo y vago: el arpa eólica del infinito. El sol besaba casi el horizonte y bajaba de la parte contraria al mar, detrás del Lido, detrás de la laguna, detrás de Venecia. Sus rayos horizontales no tocaban ya la superficie de la marina, que se había vuelto oscura y azulada, sino que iba a herir directos dos velas lejanas de dos barcas de pescadores haciéndolas brillar con un color amarillo dorado, llamitas fantásticas. El plano inmenso del mar desnudo, ni un escollo, ni lengua de tierra por mucho que encontrara la mirada: parecía que se navegara en un buque que se halla por casualidad en el océano a mil millas de la tierra. Y las dos velas resplandecían y el cielo tomaba un color oscuro aún celeste por aquí y por allí salpicado alegremente por alguna nube mitad oscura mitad clara que vagaba lenta y poco a poco se empequeñecía y se desvanecía.

El apetito hacía que me parecieran exquisitas las viandas, y la salinidad que me quedaba en la boca daba al vino una dulzura embriagadora. El vientre se confortaba y los ojos se encandilaban, y estos y aquel me llenaban el alma de una felicidad solemne que trae la risa a los labios y las lágrimas a las pestañas. Había poca gente. La banda comenzó a tocar. A la izquierda, alrededor de una mesa, había un grupo de ingleses. Una de las señoras, vestida de seda cruda con grandes lazos rojos sobre el vestido y sobre el sombrero, hablaba con alegría, hacía mil gestos graciosos con cara extraña y paciente. La otra era de gsn estatura, delgada y

⁴ Un de los reyes que acompaña a Polinices en el asedio a Tebas, dentro de la mitología griega, tal y como recoge Esquilo en *Los siete contra Tebas*. (N. de la T.)

elástica, con el cuello un poco largo como las Dianas antiguas, el rostro regular, delicado, de un rosa pálido, con ojos de un sutil azul marino, las manos demasiado delgadas pero muy nobles y del mismo candor de ese poco de piel que el moderado escote del vestido dejaba ver por debajo de la garganta. Se levantaba a cada rato para correr detrás de un niño de dos años, rubio y mofletudo, que a su vez corría detrás de un gran perro negro —un perrazo que nadaba mejor que yo y que mientras yo me daba mi baño en alta mar, había venido a saludarme con mucha gracia—. La señora vestía de seda de color perla con un sombrero de grandes alas del mismo tejido; me acuerdo de que el tono neutro y clarísimo hacía, como dicen los pintores, un agujero en el cielo, o sea, parecía más lejano que el fondo. Pero este error de paleta provocaba en la amable persona un no sé qué de aéreo, un no sé qué de encantador. No era una mujer, era un hada. El niño seguía con el salir corriendo en todo momento, y quería ver todo, tocar todo; se carcajeaba con una risa de angelito, pisaba con los pies y aplaudía; se sentaba sobre las rodillas de la gente y la madre iba entonces a cogerlo diciéndole alguna palabra con una severidad muy suave y acariciándole con la mano sutilmente los largos rizos de oro. Ella era la reina de la terraza: una reina dulce, segura de sí misma, como es segura la inocencia, y desenvuelta, como es desenvuelto el pudor. Esta madre parecía el símbolo de la virginidad: creí en ese momento en el misterio de la Inmaculada Concepción.

La suave criatura principesca estaba, sin embargo, en compañía de un señor que parecía viejo si se atendía a su cabello gris y a su barba medio blanca, pero que asemejaba joven si se miraba a las líneas de expresión del rostro. ¿Era el padre? ¿Era el marido? Este problema me torturó durante una buena media hora.

Más lejos, grupos dispersos de dos, de tres, de cuatro solitarios, había otros forasteros y algún que otro veneciano, la mayoría inmóviles, escuchando música, mirando alrededor o hablando en voz baja sin gesticular. El mar tranquilo enamora y aturde. Ese oleaje que choca perennemente contra la orilla y produce siempre el mismo sonido; ese aire tranquilo y fresco que se aspira con gran voluptuosidad; ese horizonte sin fin que parece al mismo tiempo una línea recta infinita y un círculo infinito; todo contribuye a dar la impresión majestuosa de un templo enorme en el que uno se quita con reverencia el sombrero y se sumerge en la propia consciencia. No he visto nunca a nadie, por muy pobre que fuese su fantasía, su ingenio y su corazón, que al poner los pies en el umbral de una catedral bizantina o gótica no se sienta invadido por un arcano sentido de respeto y que no interrumpa las palabras que estuviera pronunciando; sin embargo, la verdadera iglesia de Dios es la inmensidad. El estado natural del hombre cara al mar es el silencio.

Esos grupos de personas se destacaban extrañamente sobre el fondo del cielo, cada vez estaba más oscuro; eran tintas puras, sin sombras, que no encontraban en el tono del fondo ningún modo de fusión; y ya los colores perdían su viveza en la oscuridad creciente de la tarde, mientras el contorno se distinguía aún con precisión y un poco seco. A la derecha se movía una mancha negra de camareros que, sin saber qué hacer, hablaban entre ellos. Yo, mientras tanto, aguzando la vista lo más sutilmente posible, me fijaba en esas dos velas lejanas, que, de resplandecientes como eran cuando el sol les mandaba sus últimos rayos, se habían vuelto grises y luego poco a poco más oscuras, hasta que se pintaron de negro en el aire ya lúgubre, para luego escaparse lentamente de mi vista. Ya se reducían a una pincelada casi imperceptible. Un minuto después ya no se distinguían. Me dolió. En cada mirada hay un punto en el que el ojo se para con tenaz predilección y, cuando desaparece, uno siente como si le arrancaran algo y se toma ese caso simple e inevitable como una señal de mal agüero. Cara al mar el ánimo se llena de prejuicios.

Los camareros encendían las lámparas. El cielo se había nublado lentamente; no brillaba ni siquiera una porción de la luna; no lucía ni una estrella. El aire y el mar se confundían en la oscuridad. Solo mirando desde el parapeto de la terraza se descubría a intervalos un poco del blanco de la espuma de las olas, que producían su mugido con más fuerza, más frecuencia y de forma más amenazante.

Salí del establecimiento y, atravesando a pie el breve espacio que separa el mar y la laguna, suspiré por primer vez; habría querido sentir sobre mi brazo el peso ligero de otro brazo y oír a mi lado, después del roce del mar, el del vestido de una mujer.

El *vaporetto* dio su silbido y partió hacia Venecia. La noche era negra, la laguna era sombría. No se veía nada salvo el faro rojo de un pequeño vapor que venía resoplando hacia nosotros y, lejos, las luces de la ciudad, que parecía una constelación precipitada sobre la tierra y medio apagada. Pasó por la esquina de Giardino, luego costó la Riva degli Schiavoni. El campanario de San Marco sobresalía por encima de los edificios que lo circundaban e, iluminado por las farolas de la plaza, se elevaba, gigante, difuminándose en la oscuridad hacia lo alto y metiendo su punta en las tinieblas de las nubes.

La luz de la plaza me cegó. Los mosaicos de la iglesia tenían en el borde unas tiras brillantes. Las ventanas abiertas de par en par de las procuradurías viejas dejaban ver las alegres salas iluminadas. La galería del Palacio Ducal se perdía en una sombra opaca. Media hora después, mi virgencita inglesa, sonriente, delgada, corría detrás de su niño rubio entre las sillas del café Florian.

Traducción de Berta González Saavedra